

LA HISTORIA DE GUIPÚZCOA



En la Memoria presentada á la Excma. Diputación de Guipúzcoa por la Comisión provincial en las sesiones del primer período semestral de 1893-94, leemos:

«No se ha descuidado la empresa nobilísima de fomentar los estudios históricos y el conocimiento de nuestro pasado.

De las investigaciones que ha practicado en Madrid D. Carmelo de Echegaray, que tanto sobresale en la afición, ingenio y fruto con que cultiva esta clase de estudios, nada dirá á V. E. la Comisión provincial, sino manifestarle que el resultado de esas investigaciones lo verá V. E. en una Memoria que á su consideración somete el mismo Sr. Echegaray.»

Y en sesión del día 10 de Noviembre actual tomó la Diputación el acuerdo siguiente:

«Terminada la lectura de la *Memoria* presentada por D. Carmelo de Echegaray, como resultado de las investigaciones que ha practicado durante el presente año en Madrid y el Escorial, con objeto de allegar datos para la historia de Guipúzcoa, la Diputación, á propuesta del Sr. Presidente, acordó haberse enterado, con verdadera complacencia, de los trabajos que la *Memoria* revela, disponiendo que esta se imprima, y que, en unión de la presentada el año anterior por el mismo Sr. Echegaray, se remita á la Real Academia de la Historia con atenta comunicación, interesando que se dé cuenta de ambas Memorias en el Boletín de la mencionada Academia».

Veán ahora nuestros lectores la introducción á la expresada Memoria, la que seguramente será juzgada por todos, como lo ha sido por nosotros, de admirable en su fondo y su forma.

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUIPÚZCOA

Excmo. Sr.

La confianza con que V. E. me honró al encargarme que prosiguiera las investigaciones que vengo practicando con objeto de allegar datos para esclarecer puntos oscuros de la historia de Guipúzcoa, es por sí sola motivo más que suficiente para que yo ponga en el desempeño de la tarea que se me ha impuesto todo mi celo, toda mi decisión, todos mis anhelos de penetrar en lo más recóndito y misterioso de la vida de nuestros padres.

Pocas empresas hay para mí ni más nobles, ni más gratas, ni más satisfactorias. Si es verdad que uno de los amores más puros del hombre es el santo amor, la santa caridad de patria, y que, como decía Cicerón, nada es más agradable á nadie que su tierra nativa,¹ ¿qué labor más dulce para mí que aquella que me proporciona ocasión de servir á mi país, á la vez que cultivo los estudios que más hondamente me placen, y más irresistiblemente me subyugan?

Hay en las investigaciones históricas una fuente inextinguible de deleites purísimos. El espíritu del investigador asiste como á una especie de reconstrucción de los tiempos pasados, y ve surgir ante los ojos de su alma razas é instituciones que há largos siglos fueron enterradas, pueblos que yacen en el panteón del olvido, costumbres de que no queda ni memoria, tradiciones que solo oralmente se conservan, monumentos de que ni siquiera hemos llegado á conocer las ruinas. Mas para que esa obra de reconstrucción sea completa y no se levanten sombras quiméricas, en vez de las realidades que duermen en el cementerio de los tiempos, es indispensable que estos trabajos se realicen *sine ira et studio*, sin prevenciones ni prejuicios, y despojándose de toda preocupación incompatible con la verdad histórica más

(1) CICERON. *De legibus*, liber II.

severa, aún cuando esta preocupación sea la casi inevitable y siempre generosa preocupación de patria.

Debe amarse la patria con amor profundo, pero tanto mayor será el amor que se la profese y máspreciado el servicio que se haga en honra suya cuando no se pretende adornarla con vanos oropeles, sino que se busca la verdad por la verdad misma, y sin otros propósitos de interés y utilidad, los cuales, por nobles que sean, siempre amenguan y atenúan la grandeza del empeño y la severa majestad que debe resplandecer sin intermitencias en la obra del historiador.

Los términos y confines de la obra histórica se dilatan de día en día; y es cada vez más exigente la opinión con los que se dedican á esta clase de trabajos, en los cuales no debe perdonarse pormenor ni detalle, con tal que sea pintoresco y característico, y sirva para fijar la manera de ser de un pueblo en época determinada.

Cada vez resulta, por lo mismo, más árdua y penosa la labor, y no habría indudablemente quien la acometiera, si para esto, como para todo, no hubiese vocaciones bien definidas y hasta estoy por decir que incontrastables. La interpretación de documentos escritos en tiempos que no liemos conocido presenta serias dificultades. Agustín Thierry las describió con sobriedad y acierto, como se ve por las siguientes palabras: «El valor exacto del lenguaje de los antiguos historiadores es muy frecuentemente un problema para la historia moderna. Como escribían para gentes que conocían, gracias á su estado social, muchos secretos que la posteridad no ha recibido, podían impunemente ser vagos y permitirse ciertas reticencias, porque aún con medias palabras se les comprendía. Pero á nosotros ¿cómo nos es posible desentrañar la manera de expresarse de nuestros cronistas, si no conocemos ya la fisonomía de su época? ¿Y dónde podremos estudiarla, sino en las crónicas mismas? He aquí un círculo vicioso en que se encierran necesariamente todos los modernos que tratan de describir con fidelidad las viejas escenas del mundo y la suerte feliz ó desgraciada de las generaciones que fueron. Su trabajo, erizado de obstáculos, no podrá ser completamente fructuoso; pero acójase siquiera con benevolencia la verdad que hacen revivir á tanta costa».¹

Si hasta maestros como Thierry, que en estas empresas perdió glo-

(1) THIERRY (*Augustín*).—*Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands*. Bruxelles, 1835. Tome second, pág. 363.

riosamente la vista, necesitan encomendarse á la benevolencia del público leyente ¡cuánto más la necesitaré yo, que no puedo invocar en apoyo mio sino mi afición arraigadísima á las investigaciones y trabajos históricos, y mi indeficiente y nunca saciado anhelo de la verdad!

V. E., siempre magnánima y generosa, no me negará esa benevolencia que respetuosamente solicito. Y si el trabajo que tengo el honor de presentar á V. E., como fruto y resultado de mis últimas investigaciones, no responde cumplidamente á la aspiración unánime de los hijos de Guipúzcoa, y á la mia propia, cúlpese á la pobreza y debilidad de mi entendimiento, no á la indecisión ni á la tibieza de mi voluntad.

Quien de algunos años á esta parte siga con atención la marcha de los estudios históricos, observará que á medida que avanzan los tiempos, se ensanchan los términos de la historia, y va acercándose á aquella magna extensión que presentía Lord Macaulay,¹ cuando esperaba que surgiese un historiador que, dilatando los confines del arte histórica hasta donde llegan los de la vida humana, recopilára en un trabajo admirable todo cuanto pudo interesar á los hombres en determinada época y lugar.

«La aspiración del insigne crítico inglés, según la felicísima interpretación de mi docto amigo Fr. Restituto del Valle Ruiz, era levantar la historia á la jerarquía, que debe tener, de obra de arte; en la cual, además de la erudición y perspicacia crítica para reunir los sucesos, prevaleciese también algo de la inspiración del poeta en el relato de los acontecimientos, y sobre todo al trazar el cuadro en que debe expresar con rápidos y vigorosos toques, el pensar, el sentir, y la vida entera de una época histórica ó de un periodo literario; de modo que allí se consigne cuanto merece trasmitirse á la posteridad, sin que nada parezca cosa fútil ni deleznable, ni resulte trivial ó mezquino cualquier pormenor ó detalle, que con secreta influencia ha labrado tal vez la ruina ó felicidad de los hombres. Dueño el historiógrafo de esa virtud vivificadora con que el artista de estirpe resucita edades y hazañas, obscurecidas por el tiempo y el olvido, tras la penosa depuración de los hechos, describiría con exquisita selección lo realmente típico y singular, fijando en valientes trazos y desembarazadas líneas aquello que ofrezca idea más clara de la índole y cultura de una ge-

(1) MACAULAY.—*Ensayos literarios.*—*La Grecia*

neración, y ponderando con atinado juicio la influencia, equívoca á veces, de los hechos; ya que en el mar de la vida humana, así como braman vientos de tempestad que agitan tumultuosamente la superficie sin alterar la oculta serenidad del fondo, hay horas, en cambio, de agitación profunda, en que todo ruge alla dentro, sin conmovier siquiera la tranquilidad de las capas de encima».¹

A acercarse á la realización de este magnífico programa deben encaminarse los esfuerzos de todo el que pretende cultivar una cualquiera de las ramas casi infinitas en que va dividiéndose y subdividiéndose la ciencia histórica. Pero para aproximarse á ese ideal levantado y generoso, y poseer una historia escrita con arreglo á lo que exige la severa crítica moderna, es necesario ampliar y extender extraordinariamente el campo de las investigaciones, no perdonando medio ni fatiga, con tal de esclarecer un punto cualquiera de la vida de un pueblo, aun cuando ese punto haya parecido indigno de atención á nuestros predecesores, demasiado influidos por el patrón de la historia clásica, y demasiado desdeñosos con ciertos detalles que estimaban insignificantes, porque no se ajustaban a la concepción que ellos se habían formado de la vida humana. Así se comprende que la erudición novísima haya levantado sobre cimientos que la historia clásica despreció, construcciones maravillosas, y que hoy conozcamos la Edad media mejor, infinitamente mejor de lo que la conocían los hombres del siglo XVIII. Y es que los métodos apriorísticos no sirven para la obra del historiador, pues no tienden sino á cubrir de nubes engañosas los ojos más perspicuos y penetrantes, y á encajar violentamente los sucesos en el lecho de Procusto de opiniones preconcebidas. Por eso puede decirse que casi á nadie le es más necesaria que al historiador la parsimonia que William Hamilton recomendaba como programa de higiene intelectual. Y esa parsimonia, que ha de ser siempre inseparable del crítico, y ha de acompañar al historiador en la depuración de los hechos, sin admitirlos con excesiva credulidad, ni rechazarlos con severidad extremada é injustificable, le conducirá seguramente á resultados felicísimos; porque la experiencia demuestra con fuerza abrumadora la eficacia de ese método, al cual se han debi-

(1) FR. RESTITUTO DEL VALLE RUIZ.—*La Historia de las ideas estéticas en España*, artículo crítico publicado en *La Ciudad de Dios*, vol. XXXI, pág. 511.

do en tiempos no remotos adivinaciones pasmosas, tales cuales no pudo nunca imaginar la brillante fantasía de los empeñados en sacar la historia, no de las entrañas de las cosas, *ex visceribus rerum* sino de sus propias opiniones y de la convicción que iban formándose, á medida que creían ver la necesidad de defender la existencia de un episodio, ó combatir por fabuloso la de otro que les parecía contrario á sus ideas.

Con esta parsimonia por compañera, y el amor y culto de la verdad por norte, he procurado llevar á cabo las investigaciones que V. E. me confió. Ni me he limitado á examinar, extractar y copiar documentos manuscritos, ni he querido reducir y circunscribir mis exploraciones á determinado centro. Los libros impresos sirven no pocas veces para ilustrar y desentrañar el sentido de los manuscritos, así como estos nos enseñan no poco acerca de aspectos importantísimos de libros que más de una vez hemos leído sin penetrar más allá de la superficie. De mí puedo afirmar que no sabía leer á Lope García de Salazar, ni ver en su *Libro de las Buenas andanzas è fortunas* muchas de las cosas que contiene, hasta que documentos que la casualidad puso en mi mano levantaron el velo que me ocultaba fases muy interesantes de la historia euskara, y pude aplicar una vision mucho más ardiente y mucho más serena á los sucesos que se desarrollaron en este pais durante los últimos siglos de la Edad Media. Es sobremanera importante y necesaria la lectura y detenido estudio de estas viejas crónicas, donde la misma ausencia de arte y de estilo sirve de nuevo estímulo para quien se siente llamado á los trabajos de investigación histórica, ya que allí no se oculta la verdad bajo las astucias del procedimiento literario, ni hay otra retórica que la del candor más infantil y primitivo; y lo es con tanta mayor razón, cuanto que esas crónicas, por lo mismo que han sido desdeñadas por los que cultivaron la historia á la manera de los grandes escritores del Renacimiento, discipulos demasiado fieles de griegos y romanos, encierran datos inestimables y pormenores característicos que valen más que largas disquisiciones para conocer-la manera de ser, de pensar y de sentir de pueblos con quienes la posteridad no fué sobradamente benévola. Así se explica que de vidas de Santos, escritas sin otro fin que el piadoso de poner ejemplos de perfección cristiana ante los ojos de las muchedumbres creyentes, haya sacado Agustín Thierry pormenores valiosísimos y nos haya hecho conocer la vida interior y doméstica de las gentes que vi-

vían en el mundo en uno de los períodos más oscuros de la historia medioeval, aquel que siguió á la desmembración del Imperio Romano é invasión de los Bárbaros del Norte. Sobre la *Crónica* de San Gregorio de Tours ha levantado el mismo Thierry la maravilla de sus *Narraciones merovingias*, y si Michelet, en uno de sus momentos más felices, nos ha dejado un inestimable retrato de San Luis, Rey de Francia, débese, no a su imaginación desbordada y opulenta, sino á que no abandonó las huellas del simpático y pintoresco Joinville. Con razón decía Montaigne,¹ á quien podrá negársele todo, menos sagacidad é ingenio, que los historiadores que á él le gustaban eran ó los muy sencillos ó los muy perfectos, y añadía que le encantaban aquellos, porque revelaban todo lo que sentía su alma, y dejaban al lector que penetrase fácilmente en el espíritu de los tiempos.

Una de las causas que más han contribuido á torcer el curso de muchos trabajos históricos, por otra parte valiosos, y á hacerlos inútiles, ó poco menos, ha sido el empeño de juzgar de tiempos antiguos con el criterio que aplicamos los nuestros: de ahí han nacido tantos y tan injustificados y ridículos anatemas contra la Edad media, y tantos ditirambos empalagosos y tantas apologías sistemáticas que gozaron de favor en otras épocas, pero que hoy están mandadas retirar por la crítica histórica.

Hablar de la Edad Media como quien habla de la Edad Moderna es cosa que no cabe después de Thierry. En varios trabajos expuso largamente y justificó éste las novedades que implicaba su reforma histórica, desde volver su fisonomía á los nombres bárbaros restableciendo la ortografía germánica, hasta acabar para siempre con los anacronismos de ideas, y con todas aquellas insulsas vaguedades de *cuestiones dinásticas, gobiernos, medidas de Estado, conspiraciones reprimidas, poder público y sumisión social*, que, como ha dicho Menéndez Pelayo, «servían á los historiadores retóricos para explicarlo todo y no explicar nada. El grande hecho social de la conquista y del despojo de las

(1) He aquí sus propias palabras:

J'ayme les historiens ou fort simples, ou excellents. Les simples, qui n'ont point de quoy y mester quelque chose du leur, et qui n'y apportent que le soing et La diligence de r'amasser tout ce qui vient à leur notice, et d'enregistrer, a la bonne foy, toutes choses sans choís et sans triage, nous laissent le jugement entier pour la cognoissance de la verité.... MONTAIGNE.—Essais, livre II, chap. X.

tierras — prosigued mismo admirable crítico—fué para él la clave de la historia de la Edad Media, y le sirvió para ilustrar con ardiente simpatía, quizá con cierto exclusivismo bien disculpable entonces, aquel poderoso movimiento de revolución social que acaba por engendrar los municipios y emancipar *el tercer estado*. Pero si alguna de sus teorías ha podido en los detalles ser rectificada por investigaciones nuevas que solo han sido posibles siguiendo la senda que él trazó, todavía su intuición general de las cosas de la Edad Media es la que prevalece, y todo el que escribe sobre ella, es, en mayor ó menor grado, discípulo suyo».¹

Me he detenido en la exposición de mis ideas respecto á la manera como debe estudiarse la historia medio-eval, porque mi *Memoria*, como V. E. verá, se refiere especialmente á los tiempos medios, en los cuales la historia de Guipúzcoa nos muestra infinidad de detalles y de aspectos interesantísimos que están todavía por esclarecer. El mismo tono uniforme de devoción monárquica y etiqueta cortesana que se aplicaba á la historia de las grandes naciones, donde el Rey era como el centro en torno del cual giraba la vida social, se ha aplicado erróneamente á la historia de Guipúzcoa, y por ello, aparte de otras causas, está necesitada de no pocas rectificaciones y de que se amplien sus términos y confines con el objeto de que en ella quepa lo que, aún cuando hoy nos parezca minucia sin valor, no lo fué para contribuir á la ventura ó infelicidad de los guipuzcoanos de antaño.

V. E. estimará si mis investigaciones responden á este criterio, y si las deducciones que saco de los documentos examinados, y de los textos dispersos y variadísimos que he tenido que cotejar, se ajustan á las reglas de la lógica más exigente. Así he creído proceder, y para no pecar de ligero en mis juicios, ni dejarme arrastrar por impresiones puramente personales, los he sometido al parecer de maestros insignes, cuya generosidad nunca podré encarecer bastante. Y como otro de los medios más adecuados para acercarme al conocimiento de la verdad, y librarme de prevenciones que con facilidad pueden arraigar en el ánimo, he procurado discretamente variar de lecturas, á fin de evitar que pesára sobre mí con exageración y avasallase mi criterio la influencia de tal ó cual escritor, por benemérito que sea, y por más

(1) MENÉNDEZ PELAYO.—*Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo IX, pág. 483.

que ante su prodigiosa inteligencia y sagacidad crítica rindan pleito homenaje los mismos maestros del arte de la historia. No he olvidado, ni por un momento, el consejo, sobremanera discreto y oportuno, de Fray Jerónimo de San José, llamado en el siglo D. Jerónimo Ezquerro de Rozas, ornamento de la tierra aragonesa, quien escribió un precioso soneto acerca de la manera como debemos acoger las opiniones de los demás, y del crédito que nos han de merecer. Suyos son los versos que á continuación reproduzco, en los cuales, rebajando lo que, en buena lógica, debe rebajarse de todo encarecimiento poético, que, por lo absoluto, viene siempre á resultar algo exagerado, se encierra una sentencia digna de grabarse con caracteres imborrables en el corazón de los hombres:

*No puede en esto regla cierta hacerse:
mas si algo en ello por mis canas valgo,
tomad, de mi, consejo en este modo:
digo que en este caso ha de creerse
á muchos destes, nada; á pocos, algo;
á menos, la mitad; á nadie, todo.*

¡Sentencia digna de quien se amamantó en la enseñanza severa y fructuosísima de los hermanos Argensolas, llamados con harto merecimiento los Horacios de España! Pero ya veinte siglos antes que Fray Jerónimo de San José había dicho el autor del libro sagrado del *Eclesiástico* que el hombre sabio temerá en todo: *homo sapiens in omnibus metuet*,¹ porque hay una duda que, cuando no rebasa ciertos límites, podemos llamar prudente, como hay una ignorancia que, con justicia, me atrevo á calificar de docta, y es aquella que á tiempo reconoce su insuficiencia y se confiesa impotente para ahondar misterios que Dios ocultó á la soberbia y vanidad humana.

Ni excesiva presunción, ni pusilaminidad y carencia de criterio propio: esta ha de ser la divisa que debe tener presente quien se dedique al cultivo de los estudios históricos. Y con esta divisa puede, con relativa facilidad, apartarse de los escollos en que han naufragado miserablemente tantos privilegiados ingenios, ya por tener demasiada confianza en sus propias fuerzas, ya por desconfiar de ellas más de lo justo y razonable é inclinarse con servil sumisión á opiniones ajenas,

(1) ECLESIASTICO, cap. XVIII.

no siempre justificadas ni triunfantes del examen implacable: de la crítica, cada vez más razonadora y sabia.

Desoir las voces y las advertencias de esta crítica, cuando son atendibles, y nacen de amor puro y desinteresado á la ciencia y á la verdad, es empeño, sobre inútil, perjudicial y dañoso á la misma causa que se intenta defender.

No porque la historia, como decía Quintiliano, se escriba *ad narrandum*, y no *ad probandum*; no porque huya de convertirse en alegato, y trate de ofrecer la reproducción, lo más íntegra y lo más exacta que sea posible, de tiempos que pasaron, y de sociedades que há largos siglos yacen en el polvo, deja de tener carácter didáctico, ni de ser la maestra y el espejo de la vida, como la definió Cicerón.

Y abrigo yo la persuasión arraigadísima, corroborada por una provechosa experiencia, de que esta manera de considerar la historia, pone en claro muchos que nos parecían secretos inextricables de la manera de ser de nuestros padres, y nos hace internar, con paso firme y seguro, en no pocos detalles acaso transcendentales de la vida guipuzcoana. Mientras no se inquiera el origen y desarrollo de la navegación euskara; mientras no queramos ahondar y conocer cuál era el estado de la agricultura y de la industria basca en tiempos relativamente remotos; mientras no recibamos con docilidad y veneración los ecos de las últimas conquistas de la ciencia arqueológica, que en este siglo ha realizado verdaderos prodigios; mientras no busquemos la fuente y raíz de los Fueros en la costumbre tradicional y religiosamente transmitida de padres á hijos, en esa ley no escrita, que en todos los pueblos ha sido anterior, y ojalá hubiera sido superior á la ley escrita, vano será nuestro empeño de historiar la vida de Guipúzcoa. Lo externo nos deslumbrará seguramente; pero dejaremos de penetrar lo más íntimo, lo más esencial, lo más imborrable é imperecedero de la organización social de nuestros padres, y por consiguiente, lo que explica Satisfactoriamente todo el desenvolvimiento de la historia guipuzcoana, y da cumplida contestación á las múltiples objeciones de la crítica.

Por fuerza he de terminar esta introducción que va resultando sobradamente larga, pero que me ha parecido de todo punto necesaria. Pero no la he de terminar, Excmo. Sr., ni cumpliera deberes que á todo hombre bien nacido obligan si tal hiciera, sin advertir á V. E. que en los centros que he tenido que visitar y explorar para mis tra-

bajos, he hallado la misma benévola acogida, el mismo reconfortante y generoso apoyo de que hablé á V. E. en la *Memoria* que, hace un año, tuve la honra de someter á su consideración. Si todos los que se han encontrado en situación de favorecerme, han obligado mi gratitud, la ha merecido doblemente mi insigne y generoso mentor D. Aureliano Fernandez Guerra, á cuya extremada bondad y erudición debo gran parte de lo que V. E. verá en la presente *Memoria*. Los defectos son míos: suyos los aciertos y todo cuanto en mi trabajo pueda encontrarse digno de recomendación. Sólo reclamo para mí la benevolencia que merece quien sabe recibir con docilidad las enseñanzas de los maestros, y ajustarse á ellas. Y no puedo menos de cita: entre estos, ya que en mi última *Memoria* no tuve ocasión ni motivo para mencionarle, al muy docto Padre Fray Toribio de Minguella, Procurador General de los Agustinos Recoletos, quien, no satisfecho con ilustrarme por medio de atinadísimas advertencias y sabios concejos, se dignó franquearme generosamente una rica y valiosa colección de manuscritos, cuyo interés es muy grande para la historia de nuestro país.

Y después de cumplir este deber, tan dulce como imperioso de gratitud, paso á dar á V. E. cuenta de mis investigaciones, en las cuales ha encontrado mi Animo ocasión de alegrías incomparables, como que se trataba de servir á la tierra nativa, á la cual solemos distinguir con el nombre amoroso de madre, nombre en que se encierra cuanto de ternura y de cariño atesora el corazón humano. Ya Séneca, el más antiguo de los filósofos ibéricos, nos dijo que amamos nuestra patria, no porque sea grande, sino porque es nuestra: *nemo enim patriam, quia magna est amat, sed quia sua est*;¹ y San Agustín advierte que una de las formas y manifestaciones de la virtud es el amor á la patria, á la tierra bendita en que vimos la primera luz y balbucimos las primeras palabras, aquellas dulcísimas no aprendidas, sino adivinadas entre las inefables y purísimas delicias y los encantos sin igual del regazo materno.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(1) SÉNECA.—Epístola 66